

CUENTOS Y NARRACIONES  
DE GAVIDIA  
VERSO Y PROSA



# LA PRINCESA ESTRELLA

POR FRANCISCO GAVIDIA.

*La embajada ha vuelto: se sabe por ella  
Que Donadiú viene: que la hora es llegada...  
Y hablaba de México la princesa Estrella,  
La hija de Oxim, jefe de aquella embajada.*

*“—Donadiú una tarde bajaba una rampa...”  
Y cuenta a la corte de los Atlacales  
Lo que hubo esa tarde que en una chinampa  
Ella repasaba los verdes canales.*

*Donadiú la sigue: su esperanza es cierta:  
La tarde es de aquellas rosadas y brunas;  
La chinampa ha huído por una compuerta  
Que de los palacios daba a las lagunas.*

*¿Donadiú alimenta culpables anhelos?*

*Viene tras sus pasos; mas . . . ¿qué sabe ella?  
Atlatl el Joven, ardiendo de celos,  
Ha escuchado el lance de labios de Estrella.*

*Tiene ella un sinsonte . . . Sobre un balsamero  
Canta él, y ella dice el refrán que reza:  
—Si su quetzal muere, perece el guerrero;  
Si muere el sinsonte, muere la princesa.*

*Cantaba el sinsonte mientras ella hablaba.  
Cantaba el sinsonte melodiosa endecha:  
Atlatl airado requiere la aljaba  
Y al cantor abate con traidora flecha.*

*Triunfante ella ríe, que avivar procura  
El ardor del héroe y aunque ella muriera . . .  
Atlatl el Viejo, lo entiende y murmura:  
—Si él triunfa por celos, Estrella . . . que muera.*

*Un escudo pende por regio decoro,  
Con que recorría Quetzalcoal la tierra;  
Que Axcit el magnífico, recubriera de oro;  
Que Orbazán, ha siglos, llevaba en la guerra.*

*Es un sol de oro, trofeo de un muro  
En que se ve y oye cuanto se hace y piensa,  
Y por él se sabe pasado y futuro,  
A un tiempo amuleto, reliquia y defensa.*

*Atlatl descuelga el escudo de oro,  
Que todos llevaron sus antepasados . . .  
Golpea el escudo y al eco sonoro  
Responden con ¡hurras! nobles y soldados.*

## II

*Acajutla! Acajutla! reliquias son tus campos.  
Los huesos de mil héroes esconde tu llanura.  
Y el Sol no sabe, cuando inflama la verde pastura  
Si son de luz o gloria, los toques de sus lamos.*

*La batalla empezaba. De pronto, sonó el clarín. Las haces*

*Vuelven cara: siniestra retirada! Gritan furiosos  
—¡Victoria!— ¡Sus! los náwates, y a los rangos falaces  
acometen audaces. Y lanceros, flecheros, honderos,  
Dan la carga final. Hay quien ase, por las colas los fieros  
Centauros, hombre y bruto, ágiles cuanto pasmosos.*

*Mas de nuevo retiñen los clarines: ¡Santiago y cierra!  
Vuelven caras jinetes e infantes, que era un ardid de guerra.  
La lucha recomienza a campo llano, y el Marte ibero,  
No en valor, en saber, al Marte indiano eclipsa fiero.*

*De pie sobre de un túmulo, con el nervudo brazo,  
Alza en alto Atlacatl, resplandeciente, su escudo de oro,  
Blanco de ambos los campos, que retiñe sonoro.*

*Fue quien más deseara y él hace de competencia el caso,  
Pedro Alvarado, tener entre sus manos tal presea.  
—Ea, Señores, ea! gritaba. ¡Paso, paso!  
Que tal sol de oro, sólo estar destinado  
Puede a otro Sol y Donadiú es mi nombre.  
Mas por Santiago! si entre vosotros hubiese el hombre,*

*Sobre tantos valientes bravo y afortunado.  
Que el bello plato de orfebre moro, o luna o sol pagano,  
Sin daño ponga en las mías, tras ganarlo riñendo  
Su fuerte mano, yo ofrezco por Santiago iba diciendo,  
Que el quinto del Rey no pague por el resto de sus días.*

*Dijo, y en cuadro denso diez bravos caballeros,  
Marchan a abrir las pavorosas filas, de largas lanzas  
Que guardan la explanada, do se alza breve monte,  
Fúnebre monumento, regio túmulo, al horizonte.  
De altas gradas de césped, guarnecidas por los flecheros  
Arriba, y por honderos; y abajo, por lanceros.  
Los honderos son fuertes y agigantados: de aquella casta  
Guerrera, flor y nata del viejo Cuscatlán: y por encima  
De todos, Atlacatl, protegido en la altura por la vasta  
Rodela, haciendo que el nervio ruja y el aire gima,  
Lanza de su arco enherboladas flechas, en la agria cima.*

*Pronto los caballeros, a su frente, don Jorge de Alvarado  
Y el gran Portocarrero, deshicieron tres filas*

*De la explanada. Las demás, lanceros, rodilla en tierra,  
 Cazadores erguidos, que herían al jinete  
 Con letal flecha, mientras las largas picas los caballos,  
 Eran impenetrables. Donadiú lanza un grito  
 De estrategia, obedientes los jinetes forman dos alas;  
 Mientras que los infantes, se aprietan en columna,  
 Y abren una ancha calle que a Atlacatl y los suyos  
 Dejó ver ¡cosa horrible! los ignívoros cañones.  
 Detonó la pesada artillería: rayos y truenos  
 Hacen temblar el campo y altas selvas; y el humo denso  
 Forma nubes terribles donde baja a la tierra  
 Sembrando espanto y muertes el numen de la guerra.*

*Claros y huecos en las fieras haces de la explanada,  
 Dejan paso a la carga, y los centauros, lanzas y sables  
 En ambas manos, y el guerrero bruto  
 Dócil y enardecido, desordenan el reto  
 De los bravos lanceros, que abandonan el túmulo.  
 Don Jorge echó pie a tierra y a su ejemplo, los caballeros,  
 Arrojando las lanzas y esgrimiendo los sables  
 Acometen, con grita pavorosa de ambos los lados,  
 El primer escalón. Quedó entonces, a descubierto el Jefe.  
 La brillante armadura, su corcel corpulento,  
 Su voz de mando, muestran al Donadiú desde la cima  
 Lanzó Atlacatl terrible la enherbolada flecha  
 Que hizo silbar lúgubrementemente el aire, y como el rayo,  
 Pasando entre quirote y rodillera, con la armadura,  
 Fue a atravesar el muslo de Pedro de Alvarado  
 Y lo clavó en la silla. Lo rodearon al punto;  
 Se alzó grave clamor en ambos campos; en el campo indio  
 De triunfo ovante; de furor en las haces castellanas.*

*Pero guerrero indómito Alvarado  
 Desplegó nuevos bríos  
 Y el combate siguió con redoblada  
 Furia. Entonces rodeando la pirámide  
 Caballeros e infantes,  
 La asaltan vengativos,  
 Grada por grada. Ruedan,  
 Mas vuelven mientras tienen alma y vida.*

*Atlacatl por los suyos rodeado*

*Baja la escala opuesta que aun defienden  
La reserva y su guardia de colosos.  
Y al pie del verde túmulo se traba  
Desesperada lucha.  
A ese tiempo, lo náwas destrozados,  
Se declara en su campo la derrota.*

*Atlacatl busca en vano, con su cuadro  
Retirada en el bosque: aun está lejos  
De las estribaciones  
De la amiga montaña y de los suyos  
El cuadro se desbanda y es diezmado.*

X X X X X

*Tres jinetes le siguen, y aunque lejos,  
¡Oh destino fatal! cae entre él y ellos,  
Portaestandarte fiel, y aun la bandera,  
Pantli sagrado, entre las frías manos  
Del moribundo, yérguese y flamea.  
Tornó Atlacatl hasta salvarlo; empero  
La distancia acortó; los castellanos  
Apretaron la espuela,  
Relinchando los brutos aguerridos.  
¡Cruel pareció el momento al joven héroe!*

*¿Salvará el estandarte o el escudo?  
Breve fue su estupor porque es soldado:  
Salvará la bandera. Fue ese instante  
Cuando irguiéndose hercúleo, alzó hasta el cielo  
La joya refulgente, dióle impulso,  
Sacando de ella vibración sonora  
Y lanzó el sol de oro que en los aires  
devolvió al dios mayor que se ocultaba  
Duplicados los vívidos reflejos,  
Y giró en vasta curva, resonante,  
Hasta caer muy lejos clamoroso,  
Fulgiendo siempre en el funesto campo.*

X X X X X

*A un tiempo sofrenaron*

*Sus ardientes corceles  
 Los bravos castellanos: que ha ofrecido  
 Don Pedro, que al valiente a quien Fortuna  
 Dé y su valor, la fúlgida presea,  
 Dará el quinto del Rey de por la vida.  
 Los tres echan pie a tierra presurosos...  
 Unos a otros volvieron las espadas...  
 —¿Mas a quién? ¿Por qué herir? El delantero  
 Pedro Gómez, asiendo del escudo,  
 Lo alzó triunfante: desató en bravatas  
 Su ruda verba y se tornó al caballo,  
 Que con los otros dos, a largo trecho,  
 Ora pacían, ora relinchaban  
 Volviendo la cerviz hacia el combate.*

*Atlacatl con sus fieles  
 Al llegar a los riscos y la selva,  
 Disparó en el jaral su última flecha,  
 Como todas fatal, que la enemiga  
 Cohorte recibió con un gemido.*

### III

*Solicitos rodeaban  
 A un Faraute los bravos caballeros,  
 Y el tal Faraute, lenguaraz o intérprete,  
 Revela a la asamblea condolida  
 Que las flechas mortales  
 De los maya-nahoas  
 Están enherboladas y que sólo  
 Las cabezas, discípulas de Toci,  
 Que rigen el colegio de vestales,  
 Guardadoras del bálsamo,  
 Poseen y conocen  
 El mirífico antidoto.  
 —¿Cómo hablarles? ¿Qué hacer? Dice el Faraute:  
 —Déseme el punto perlas brujerías  
 De vidrio, como ajorcas y collares,  
 Que yo sé son pasión de las cabezas,  
 Y al entrar al colegio, el alto muro  
 Salvar, y despistar las vigilantes,  
 Todo cosa mía es.*



*Todos le dieron  
Cuanto hallaron a mano en oro y joyas.*

IV

*¡Campos de Taxucalco! . . .  
No valieron  
Las lanzas de diez codos, en el Juego  
De herrón. Las fuertes haces que espantarán  
Al audaz Donadiú, que de la altura  
De una colina, herido y febril,  
Contempló el gran combate, desbandadas  
Por los fieros caballos y el tremendo  
Rayo con que los monstruos  
De metal, proclaman sei dios Marte,  
Dieron a comprender a los prudentes  
Atlacatl, cuán funestas las llanuras  
Eran para su gente, y erizaron  
De banderas y flechas las montañas,  
Abriendo a los guerreiros castellanos  
Su famosa ciudad y sus palacios.*

*Donadiú vio otro día la empalizada abierta:  
Lucir sobre las sierras lanzas y banderillas  
(Y es que Atlacatl empieza su guerra de guerrillas)  
Desiertos los palacios y la ciudad desierta.*

*Cien combates libróle, mas a vencer no acierta  
Y han muerto once caballos, que es decir maravillas;  
En fin manda un Faraute que llega a las orillas  
Del fuerte y dice: —Cada caballería muerta*

*Un millón de ducados, salvo el caballo moro  
Que hace un millón y medio, ¡Sumisión y decoro  
Al César Carlos V y a Dios Trino; a los dos!*

*Y la tilma de pluma, joyería y tesoro  
El maxtli, un sol al pecho, como el turbante, de oro,  
Del fuerte de la sierra, deja oír su gran voz  
Atlacatl: —Ve a decirle y así de salud goce*

*El Donadiú, Faraute, que Atlacatl no conoce  
Su César Carlos V no conoce su dios.*

*Escalando los muros  
Que signos y entrelaces  
Adornan, el Faraute meditaba  
Su ardid para triunfar: Daré las joyas  
A Toci, la cabeza,  
Que conocí otro tiempo y se desvive  
Por cosas castellanias.  
Tal pensaba  
Posando el pie en un patio solitario.  
Sintió extraño terror: el silencioso  
Palacio, detenido en los estribos  
En que empiezan las sierras de la costa,  
Se había improvisado en fortaleza.  
Pronto escuchó unos pasos:  
—Es toci, la cabeza.  
Propuso el temerario su convenio,  
Que ella al sólo escuchar, en grandes voces  
—¡Un hombre en el convento!— repetía;  
—¡Pide violar del bálsamo el secreto!  
Llegan los Atlacatl, jefes guerreros,  
Y la Virgen del Fuego aún no había  
Referido el convenio por completo  
Y ya el Faraute misero moría  
A la flecha letal de los arqueros.*

*—Tenemos tu secreto  
Sin entregar el nuestro, castellano—  
Dijo el Gran Sacerdote, y por ahora,  
Ganado he por la mano;  
Hay que aprovechar la hora.  
Dispongo que se envíe una cabeza  
Con enherboladura.  
Donadiú espera el dictamo impaciente;  
Mas cierto que se juega la cabeza  
Si hiciese una imprudencia, una locura,*

*La vestal, escuchaba  
La Toci hablar al teotl, y así temblaba  
Como la hoja en el árbol; pero Estrella,  
dijo: —Yo iré por ella  
Con la enherboladura;  
Y haré algo más, lo juro,  
Levantaré un dolor que hoy os abate:  
Traeré el sol que ora pende sobre el muro  
Cual trofeo del jefe castellano,  
Y quedara en el campo de combate.  
—no haréis, por todo un mundo!  
Dijo Atlacatl el Joven, y dijo ella:  
—¿Tenéis celos, quizás, de un moribundo?  
Aún pudo sonreír. —¿Sabéis lo que hago?  
Daros un muerto y el sagrado escudo  
Para calmar ese dolor que es mudo.  
Conozco el viaducto que da al lago,  
No valdrían el furor y los aceros  
Para cortar mi paso;  
Que he de inmolar al Sol... que está en su ocaso...  
En medio de su corte y sus guerreros.*

*Donadiú en el palacio suntuoso,  
Mira desde su lecho  
Por la abierta tronera  
Que da paso a las brisas nupcias,  
Lenitivo a la fiebre  
Que le clava en el lecho y le consume,  
Las floridas chinampas.*

*En que las labradoras de las huertas  
Y colinas risueñas que bordean  
El lago, a cuya margen el macizo  
Del palacio se asienta, traen flores,  
Aves, yerbas, a hacer sus granjerías.*

*Más entre todas una,  
Más florida y ligera, breve islote  
Flotando en el espejo de las aguas,  
Fija su vista de águila.  
De pronto*

*Lanza un grito. ¿Se engaña?  
 ¿No es aquella la faz, aquel el talle,  
 De la joven que en tarde de bochorno,  
 Vio en México, paseando los canales,  
 En la breve chinampa florecida,  
 Que huyó por la compuerta  
 Que da paso a un palacio a las lagunas?  
 ¡Ella es! y era la flor que embellecía  
 La secreta embajada  
 De Cuscatlán... ¿Su nombre?  
 A ver... sí... ¡Citalá! Bien lo recuerda.*

*La chinampa se pierde  
 Bajo las frondas y apiladas rocas  
 En que el jardín real se extiende al lago.*

## VI

*Donadiú se sumerge en el delirio...  
 Sueña, cierra los ojos...  
 Se mezcla a su sopor, a su martirio  
 Un antojo de amor... ¡vanos antojos!*

*Mientras tanto deslizase en el muro  
 Labrado estuco... y el olor del lirio  
 Llena la estancia... Y el espacio obscuro  
 Del muro o puerta falsa, la cancela  
 Vuelve a cerrar y a completar el muro.*

*Donadiú siente entonces el perfume:  
 De sus párpados vuela  
 El sopor y el delirio en que le sume  
 La persistente fiebre, y su mirada  
 Cae en una visión; se alza de prisa,  
 Cree soñar... En el suelo está clavada  
 Una sacerdotisa  
 Cubierta con la máscara sagrada.*

*Yergue él noble cabeza,  
 Y ella ante la inquietud que en él asoma,  
 dice: —Soy la cabeza,  
 Mostrando una redoma.*





*Tanto es de melodiosa  
La voz, tanto de arrullos su tesoro,  
Fue él cree recordar una voz de oro  
Que oyó en Tenochtitlán, en los canales.  
El bajaba una rampa...  
Pero ¿no hacía poco  
Que él creyó ver, por la ventana abierta,  
Sobre florida y rápida chinampa,  
La faz de Citalá... ¿Si estará loco?  
¡Pues hay que ver si su locura es cierta!...*

*Y cuando ella le dice:  
—Refiere tus pecados,  
Que es la sabia doctrina  
De los antepasados,  
Que para que haga bien la medicina,  
Que el enfermo refiera sus pecados,  
Se impacienta a tal punto  
Que el pensar y el hacer fue todo junto,  
Y la máscara aquella al rostro alzando  
Que una faz descubrió de perla y rosa,  
Gracias y hechizos tales  
Absorto permanece contemplando,  
Que sólo pensó al fin:*

*—¡...Maravillosa...!*

*Se lanzó como un tigre hacia su presa  
Mas la herida enconada,  
Llevaba tanta vida tan minada,  
Que el Hércules Farnesio al fin sin base  
Cayó al punto a los pies de la princesa.*

*Con fatiga y despecho  
Dejó que la princesa le ayudase  
A alzar y desplomóse sobre el lecho.*

*La fiebre duplicóse y dijo:*

*—¡Estrella!*

*Habló ella desde lejos:*

*—¿Seréis dócil...?*

*—¡Estrella!*

*—¿Dócil a mis consejos?*

*Alzó la vista vacilante hacia ella:*

*—Será esa ceremonia aunque macabra;  
Mas que sea muy pronto, porque, cierto,*

*Las potencias se embotan  
Y las fuerzas se agotan,  
Y en fin, que va faltando la palabra.*

*Dijo ella:*

*—No habléis más, que el sol de oro  
Pendiente en ese muro por decoro,  
Que es reliquia, defensa y amuleto,  
Tiene como las piedras misteriosas  
De Uatlán y Sesori, tan famosas,  
Virtud de revelar todo secreto.  
Yo sabré interrogarle.*

*Fijó entonces la vista en el bruñido  
Disco revelador, y pensativa  
Y hablando a Donadiú, mas sin mirarle,  
Dijo: —Lo de pasearos en la viga  
Que en el aire al espacio se endereza,  
De una alta torre, en fin, fue gentileza,  
Dígase, Donadiú, lo que se diga;  
Mas la hazaña irrisoria  
De llevar sin derecho  
Una cruz en el pecho, vanagloria...  
Fue gallardo —le dice—  
—Que cortasteis la soga a un condenado  
A horca... Mas muy poco que os maldice  
Quien por matar seiscientos en un juego  
os maldice del nombre de malvados...  
¿Meditáis la espantosa  
Destrucción homicida  
De Cuscatlán?*

*—¡Pardiez!*

*—Responde a esto.*

*(Pues en verdad, pensó, sin tal supuesto,  
¿Le quitará la vida?)*

*—Digo, ¡por vida mía!*

*Digo yo que esta cosa  
Todo es superchería.*

*—Pues escuchad, dice ella ¿vuestra esposa  
No habrá de ser Cecilia, de la casa  
De Hernán Cortés?*

*Respondió él: —Eso pasa.*



—Pues bien, la veo muerta:  
La traición, hoy oculta, la mancilla,  
Que ambicionáis esposa, por lo menos,  
De la casa de un duque . . .  
—¡Es maravilla!  
—Bueno, ¿a qué habéis venido?  
¿No gustáis que se os cuente entre los buenos?  
¿Destruir a Cuscatlán?  
—Cosa es sencilla.  
—¿Tal osastéis decir? (¡Está perdido!)  
—¡Basta! ¡basta! el flechazo  
Duele cada vez más. ¡Esa redoma!  
—(¡Está perdido!)  
—¡Pronto! que me abraso.  
—(¡Perdido!) Sea pues.  
Entonces toma  
Del manto la ampolleta del veneno,  
Pero cuando a verterlo se encamina  
Siente la virgen palpar su seno:  
Se oye en el castellano campamento  
Levantarse un clamor:  
—¡Salve Regina!  
Dulce mas con fervor que atruena el viento.  
—¿Qué es?  
—El canto a María.  
—María ¿quién, María?  
—Sabéis todo,  
Y eso no os enseñó, por vida mía,  
¿vuestro sol de oro?  
—Si tal! Daré modo  
De hacer este conjuro . . . ¡Oh, cómo es bella!  
Y miraba, miraba.  
Se incorporó Alvarado y vio que estaba  
De rodillas Estrella.  
—(¿Yo he de aplicar ahora este veneno?)

Pensó Estrella. Lloró.  
Don Pedro grita:  
—¡Esta herida maldita!  
Tomad a Cuscatlán.  
¡Con que sois bueno!

—Sí, pero dadme el bálsamo, ¿Ha concluido  
La confesión?

—Juradme por María

Que os marcharéis.

—Lo juro a la divina

Madre de Dios! ¿Sabéis que me han matado  
Diez o doce caballos? . . . ¿destrozado  
La gente?

—¡Sea así!

—¡Salve Regina!

Mientras ella con dulce arrobamiento  
Cambiaba el letal filtro ponzoñoso,  
Por el dictamo puro y milagroso,  
Se alzaba el gran clamor del campamento:  
—¡Cómo esto me hace bien! dice él gozoso;  
Llevaréis este anillo; será el mudo  
Código de una ley: vuestros antojos.  
—Acepto. Comenzad: ¡cerrad los ojos!  
—Ya está.

Llevo conmigo el grande escudo.

—Obra del Diablo es, y me da miedo.

—¡Cuidado con mirar!

—Id advertida

De que os debo una vida por mi vida.

—No mirar . . . Quedo . . . Quedo . . .

## VII

—Cuando del acueducto de basalto  
Salía Estrella—, dando como cierto  
Que Donadiú ya ha muerto,  
El joven Atlacatl daba el asalto  
Del palacio; no sólo porque Estrella  
Muerto habrá al Donadiú, porque allí está ella.  
Costó entrar al jardín más de un guerrero,  
Mas por fin Atlacatl saltó el primero  
Del jardín al gran patio del manteado  
De mástiles. Allí estaba Alvarado.  
Tras reñido combate  
Cae Atlacatl el Joven prisionero.  
—Distinguido es el porte,  
Dice Don Pedro, y si no son perdidos

*Mis sentidos, me encuentro en esta corte  
Notables conocidos;  
Pues o muy poco acierto  
O es el flechero que en el grande asalto  
Por el sol de oro, me flechó de lo alto  
Del monumento fúnebre del puerto:  
Que sea al punto ahorcado.*

*Va a cumplirse tal orden  
Mientras el campamento  
No sin mucho contento  
Se dispone con grita y con desorden  
A cumplir la única orden que haya dado  
De “retirar” Don Pedro de Alvarado:*

*—¡A retirar!*

*Mas llega un mensajero:*

*—¿Qué persona os envía?*

*—Hable por ella*

*La joya al punto.*

*La princesa Estrella.*

*¿Qué es lo que pide?*

*—Pide al prisionero*

*No dijo más, Señor.*

*Pues así fueses*

*El mismo hijo del Rey, vos iréis libre,  
¡Seáis quien seáis! Por cierto un hombre bravo  
Como tienen muy pocos su calibre.  
Sólo siento que el que hizo hasta hoy mis veces,  
Os ha errado de esclavo*

*Sin darme aviso: en fin, decid a Estrella*

*Que os mando como estáis, pues lo manda ella, —dijo a Atlacatl.*

*Marchóse él impasible. . .*

*Y mientras los clarines y tambores  
Suenan “a retirar”, en la ribera  
Del lago, que da al Sur, al pie del monte,  
Pasaba algo terrible.*

*De la breve chinampa entre las flores,  
Al descender Estrella,  
Reluciendo sus galas,  
Encendido tesoro  
De las teas del campo a los reflejos,*

*Cual palma cimbreadora y nueva Palas,  
Pendiente de su espalda el sol de oro,  
Mientras se oyen, perdiéndose a lo lejos,  
En marcha los clarines y atambores,  
Gritó una voz, y diez, y cien con i a.*

*—¡La princesa ha salvado  
Al Donadiú!*

*—Más bien le he alejado*

*De Cuscatlán!*

*Responden:*

*—¡Es mentira!*

*¡Cien veces le han los nuestros derrotado!*

*—¡Traición! ¡traición! ¡traición! todos clamaron*

*Y sobre ella que triste sonreía*

*Los arqueros sus flechas dispararon*

*Sólo dijo ella al expirar:*

*—¡María!*





# CUENTOS DE MARINOS

POR FRANCISCO GAVIDIA.

## I

*En las rocas de Acajutla  
Mitad castillo y torreón,  
Se alzaba bien ha tres siglos  
la casa del Armador.  
Dos balcones con macetas  
Se abren en el paredón  
Que sustenta los dos arcos  
De almenado mirador.  
Desde él se ven los galeones  
Llegar: se ve en derredor  
La mar del Sur; se ve el vuelo  
De las garzas y el alción.  
El buen viejo Alvar Melara,  
Tan afamado armador,  
De tiempo no muy remoto  
Goza el provecho y blasón;*

Que al presente poco hace . . .  
 Como ya el tiempo pasó  
 En que Pedro de Alvarado  
 Que ha días goza de Dios.  
 Armó la notable flota  
 Para ir a la expedición  
 Contra Pizarro y Almagro . . .  
 O en que la rada se vio  
 Tachonada por las velas  
 De nueva flota y mayor,  
 Cuando el mismo Adelantado  
 A conquistar se lanzó  
 Las islas de Especiería  
 Con malhadada ambición.

La primera vez su padre  
 Fue afortunado armador.  
 La segunda vez fue Alvar,  
 Que con el arte heredó  
 Alguna hacienda . . .

—Por hoy,  
 Dice el Buen Alvar Melara  
 A un noble interlocutor  
 Que apoyado ante una almena  
 A la grupa del cañón  
 De señales, le escuchaba,  
 Viendo el afán y fervor  
 Con que en los diques trabajan  
 Con desusado tesón,  
 Herrerros y carpinteros  
 Con mucho estruendo, —por hoy  
 Se acaban los bergantines  
 Con que vos, Señor Oidor  
 Don Diego, lleváis a cabo  
 La conquista que dejó  
 En planes, el valeroso  
 Alvarado (Que de Dios  
 Goce).

—El honrado recuerdo,  
 Mi buen Alvar, con que vos  
 Enaltecéis a Alvarado



*Me hace pensar que no soy  
Despreciable a vuestros ojos,  
Como en la necia opinión  
De los menguados que tildan  
Mi hazañosa expedición  
De insensata. Y esto dicho,  
Don Diego altivo bajó  
La escala y quedóse Alvar  
Sombrío, en el mirador.*

## II

*¡Lo que juzgo de tal viaje!  
Entre dientes murmuró,  
Que Mencia esperó cinco años  
Con promesa del Oidor  
De ser su esposa, a que él coja  
Los frutos de su ambición,  
A que pasease su altivo  
Rango de Visitador,  
Que ser Don Diego García  
De Palacio, en su opinión  
Es poco ofrecer a Mencia  
Pobre hija de un armador.  
A que volviese de andarse  
Del uno al otro rincón  
Del reino, viendo tal cráter  
De un volcán que se apagó,  
Las llamas y los barrancos  
De un volcán en erupción,  
Los ríos cuando el Invierno  
Con torrentes acreció,  
Las ruinas que las malarías  
Hacen hoy su habitación...  
Y con nueva fantasía  
Palacio y con nuevo ardor,  
Pide el plazo temeroso,  
Del fin de su expedición  
A especiería, que quiere  
Según trato que asentó  
Con el Rey, volver a Mencia  
Siendo ya Gobernador.*

*Pobre hija mía, que espera,  
En los labios la oración,  
Que Dios eche en brazos tanta  
Ambición de tanto amor!  
Cada golpe de martillo  
—y el último se dará hoy—  
Resuena lúgubriamente  
De Mencia en el corazón*

## III

*—¡Doña Mencia! ¡Doña Mencia!  
Dice en un balcón Palacio,  
Cinco años de amor os dicen  
Todo el amor con que os amo.*

*Y responde Doña Mencia ·  
Repórtese el de Palacio.  
Cuando él pasó de visita  
Tenía yo los quince años  
Le oí tocar la guitarra  
Con sus modos cortesanos  
Y le pedí muchas copias  
De sus coplas y sus cantos  
Que harto sé que él los hacía  
Frente a frente mi retrato.  
Si él me amó por tanto tiempo  
Yo he esperado otro tanto  
De tres Alcaldes Mayores  
Dos me ofrecieron su mano,  
Que eran los ambos solteros  
Solteros eran los ambos  
Si esperando tanto tiempo  
Las rosas que él ha cantado  
No se ajaron en mi rostro,  
Ni estos mis ojos llorando;  
Si ha triunfado de silicios,  
Aquel talle, Licenciado,  
Que a las palmas del desierto  
Vuestros versos compararon,  
Si mezclé en mis oraciones  
Amores, que son pecado,*

Y son color de piedad  
 He llorado suspirando;  
 En cambio, y esto al Amor  
 Duele, cuanto fuera en vano  
 Querer decir, —una hebra  
 Que es plata que están dorando,  
 (Hebra de plata que ausencias  
 Me hicieron, no mis veinte años);  
 Me dice que amor espera  
 Tiempos que le son contados  
 Y que en el mar de la vida,  
 Si hoy no se unen nuestros barcos  
 Ya no podrían avistarse  
 Ni allá arriba, ni aquí abajo...  
 ¡Conquistar Especiería!...  
 Cosa es del Rey y no hablo  
 ¿Más cómo sabré si ha muerto?  
 ¿Si en el mar ha naufragado?  
 ¡Las islas de Especiería!  
 ¡Cuántas vidas que costaron!  
 ¡Baste decir que en el viaje  
 ¡Muriera el Adelantado!

## I V

Contestó Diego García:  
 —Cuéntase y no sé si es cuento,  
 Que de tantos navegantes  
 Como del mar no volvieron,  
 Hubo algunos que en las noches  
 De borrasca, cuando el cierzo  
 Amontona la neblina,  
 Columna entre mar y cielo,  
 O bien en noches de luna  
 Y niebla se aparecieron  
 En la rada en que esperaban  
 Su vuelta amigos y deudos  
 Esposas o prometidas,  
 Madre amante e hijos buenos.  
 Hubo uno que temerario  
 Bajo la racha y el trueno  
 El Cabo de las Tormentas

*Juró a pesar de los Cielos.  
 Doblar mil veces y mil,  
 Por lo que irritados Ellos  
 Lo condenaron a errar,  
 Por el mar, siglos sin término,  
 Hasta hallar un corazón  
 De mujer constante y bueno,  
 Que le esperara siete años  
 Después de dejar el puerto.  
 Por cierto, no se ha sabido  
 Si se aplacaron los cielos  
 Porque el marinero errante  
 Hallase el corazón bueno.  
 Callad, Don Diego García,  
 Que hija soy de marineros;  
 En la historia de Penélope  
 La cantó el poeta Homero:  
 Que la esposa del marino  
 Vence en constancias al Tiempo.  
 —Si yo soy el ambicioso,  
 Mencía, a quien castigue el Cielo  
 Condenado a errar el mar  
 O entre sus abismos muerto,  
 Yo os juro que he de volver  
 A vuestros pies, a poderlo,  
 Sea por deuda de Amor.  
 Sea por aplacar los Cielos.*

*Un ¡hurra! a orilla del mar  
 Resonó en el astillero.  
 Bajó Alvar del mirador,  
 Y un marinero a ese tiempo  
 Le dijo: —El último clavo  
 De los tres barcos se ha puesto.  
 Y Mencía cayó en los brazos  
 De su padre sin aliento.*

## V

*Ah! tiempo de temporales  
 Cuando sopla la borrasca,  
 Cuando la niebla en las costas*

*Erige murallas altas,  
Cuando galeones dorados  
Que el Perú en hilería manda,  
Barridos del Austro frío  
Gimen en las rotas jarcias,  
Y las velas en jirones  
Se disparan en mar alta,  
O se estrellan en las rocas,  
O en los córtices naufragan  
Cuantas veces Doña Mencia,  
Sobre las rocas sentada  
Vio las nieblas, vio las nieblas  
Que forman murallas altas,  
Torres, palacios errantes,  
Que las centellas desgarran! . .  
Han pasado ya tres años  
Está Mencia a su ventana.  
—Esos palacios errantes,  
Dice ella, son figurados  
Emblemas de mis dolores,  
Y son letra de mis ansias,  
Porque yo un Palacio espero  
Que vuelva por la Mar alta.  
¡Qué formas toma la niebla!  
Allá lejos, velas, jarcias.  
Mas no . . . es la nube que flota,  
Mas no . . . es la bruma que avanza.  
Y recuerda que Don Diego  
Cuando estaban en la playa  
A punto de despedirse  
Y ella reprimía lágrimas,  
Le dijo de cierto modo  
Que hoy sostiene su esperanza.  
    Si mi espíritu pudiera  
Ya sin cuerpo y sólo alma,  
Con mi galera ya muerta  
También como yo fantasma,  
Llenarla con los tesoros  
Que en esos mares me aguardan  
Y traerla en una noche  
De luna, en las horas altas  
Cargada de ánforas de oro,*

*Velos tejidos de hadas,  
 Sartales de piedras ricas  
 Que poner a vuestras plantas  
 Vendría... Que os halle entonces  
 Doña Mencia, en esta playa.  
 Como yo he viajado tanto  
 Perdonad si esto os espanta.  
 Que es un cuento de viajeros  
 Cuento del Galeón Fantasma  
 En la Alcaldía Mayor  
 De esa villa tan nombrada,  
 Villa de la Trinidad  
 De Sonsonate, se habla  
 Cosas de marinería,  
 De naufragio, de borrascas  
 Pero a este tiempo la gente  
 O se santigua o se pasma:  
 —Que García de Palacio  
 Y su galeón y sus almas,  
 (Que del galeón cual de gentes  
 En tales decires se habla)  
 Se aparecen entre nieblas,  
 Se aparecen en la rada  
 Y que se oyen del Oidor  
 La canción y la guitarra.*

—*Fuere vivo  
 Palacio, y es cosa llana  
 Que en mis brazos estuviera  
 Como amigo, cuya fama  
 De explorador, sólo tiene  
 En la mía quien la iguala,  
 Que por mis letras he sido  
 Honrado con la alabanza  
 De aquel Príncipe de Ingenios,  
 A quien en el mundo llaman  
 Manco de Lepanto.*

*Así  
 Tengo por averiguada  
 Cosa, que el Oidor ha muerto.  
 Y que el buque es un fantasma*

*Locura es ya desde luego  
Y puede también tomarla  
Doña Mencia, que aventura  
Su juicio, al ir a la playa  
Del puerto, a ver si entrevista  
A este su galeón fantasma.*

## VII

*De noche.*

*Esbelta figura,  
Envuelta en flotantes gasas,  
Más que caminar parece  
Flotar por la oscura playa,  
Que el fulgor de las estrellas  
Y de la espuma hacen blanca.  
¿Será verdad? A lo lejos  
Brumas, nubes, nieblas raudas...  
Lo de siempre*

*Más de pronto  
¡Una luz... luz que se agranda!  
Se aviva... Blanco de velas  
Y el rumor de una guitarra  
¿Sueña Doña Mencia? Ansiosa  
Su vista en las ondas clava...  
Pero la luz se divide,  
Una queda y otra baja,  
Y una la barca se trae  
Rielando en la onda la llama.  
Se oye una dulce canción  
Que está por siempre grabada  
En la alma de Doña Mencia,  
Y puntean la guitarra  
En la barca, como un tiempo  
Lo oyera ella en su ventana  
Ya atracaron a la roca  
Donde hace profundo el agua.  
Saltan extraños marinos  
Nunca vistos en la playa  
Echan al suelo tapices,  
Tibores de ámbar y laca,*

*Amontonan los collares  
 De perlas negras y blancas,  
 En ajorcas de corales,  
 Urnas y ánforas repletas.  
 Cálices y copas de oro,  
 Coronas y joyas santas,  
 Y ostensorios que amontonan  
 En sus calas los piratas.  
 A la luz de las estrellas  
 Y al reflejo de la antorcha  
 Tanto oro lanzaba llamas.*

*Luego descende García  
 De Palacio, la faz pálida,  
 Tan pálida que en la noche  
 Que espuma y hachón aclaran,  
 Se vio más blanca que espuma,  
 Con ser la espuma tan blanca*

*Dijo entonces Doña Mencia:  
 —Como está la noche oscura...  
 Palacio, ¿estáis muerto o vivo...?*

*Rasgó ese instante la Luna  
 un nubarrón . En la nave  
 Se oyó entonces una ruda  
 Voz, entre alarido y canto.  
 Dijo Diego:*

*—¡La Tangura!  
 —La Tangura!  
 —Es una diosa!  
 —¡Diosa viva!  
 Como es una  
 Reina que se adora en vida!  
 Que un rey es dios en Molucas  
 (Sin duda ha visto en la playa  
 De Mencia la alba figura  
 Y con celos insensatos  
 Sus torvos dioses conjura!)  
 —¿Pero estáis muertos o vivos?  
 —Me es prohibido alzar la duda*



*Si vivo, porque le debo  
Al Rey, por una escritura,  
Conquistarle aquellas tierras  
Que sólo la fuerte ayuda  
De amigos podría darme,  
Que debo ya a la fortuna  
Y a mi espada; y en los brazos  
De una esposa que en la bruma  
De este silencio se me abren,  
Fuera mi espada perjura;  
Si muerto, porque el horror  
Turbara vuestra alma pura  
Oscureciera el cristal  
A través del cual alumbra  
Vuestro espíritu llenando  
Otras almas de ventura.  
Así guardad los tesoros  
Que os ofrecí en las angustias  
Del partir, que a vuestras plantas,  
Pondría en toda fortuna  
—Este tesoro Don Diego,  
Daría a la Virgen Pura,  
A los pobres, al Beaterio. . .  
Pero de manera alguna  
Tocaría oro que puede  
Venir, decís, de la tumba. . .  
Pero ¿por qué no os llegáis?  
La mano que os tiendo es pura;  
Con ella os concedí un tiempo  
Esposa sumisa y púdica.  
—Mencia, no puedo llegar me  
A daros la mano, y si una  
Fuerza me impele hacia vos,  
Mi planta vacila, en lucha  
Con la fuerza que me arrastra  
Al mar. . . Siento a la vez juntas  
La mano de Amor, asirme  
Y del Destino; que empuja  
Uno mi sér a tus plantas;  
Otro a las olas me impulsa*

*Mencia le dijo: —Ah Palacio*

*Tened piedad de mi angustia:  
 ¡Que no he de saber si vive  
 Si está muerto, si me burla,  
 Si me adora, si me engaña,  
 Si me entrega a la locura.  
 Quien esperé como esposo  
 Y cualquiera la fortuna  
 Que fuese, por tanto tiempo,  
 Sin vacilación, sin luchas,  
 Año a año, día a día,  
 Hablando de él con ternura;  
 Hablando de él a mi padre,  
 Al sol que tanto va a Oriente  
 Donde él se fue la vez última,  
 Al mar que debía traerle  
 En sus olas, con sus brumas,  
 A la luna . . . ¡Cómo veíamos  
 Un tiempo, él y yo, la luna . . . !  
 Oyose en el mar turbando  
 el ambiente de ternura  
 Con que hablaba Doña Mencia  
 Llenó el aire, el mar, la duna,  
 La voz, alarido y canto  
 De la nave*

—¡La Tangura!

*Gemía Mencia:*

—¡Ah Palacio!

*Tened piedad de mi angustia. . .  
 Esa mujer de la nave  
 ¿Causa el mal que nos abruma?  
 —Es la diosa prisionera  
 Que éxito a mi empresa augura.  
 Mas, ¡oh poder del Destino!  
 Que hacia las olas me impulsa!  
 Mirad escrita en mi brazo  
 En mi cara, la escritura  
 Con que mi voz y mi espada  
 Cumplir el destino juran . . .  
 ¡Vamos! Mencia, ¡ha sido un sueño!  
 Pensad, buen ángel, que en suma  
 No sabéis si muerto o vivo  
 Me habláis . . . y si la Fortuna*

*Me devuelva a vuestras plantas . . .  
¡Vamos!*

*Y partió en la oscura  
Noche.*

*Y dijo ella:  
—¡Ah Palacio!  
Tened piedad de mi angustia.  
Llamaba a la Tempestad,  
Entre tanto la Tangura.  
Cual si la oyeran sus dioses  
Cubrióse la mar de brumas.  
Desatóse el temporal,  
Corrió en férvida espuma  
Altas olas, sonó el rayo,  
Silbó la racha . . . En la duna  
Gigantes olas saltando  
Cual quimeras, una a una,  
Ariastró al fondo del mar  
El oro de las Molucas . . .  
Asido al brazo de su hija  
Alvar Melara la empuja  
Cariñoso . . .*

*—Vano afán!  
Le dice, aprensión . . . ¡locura!  
¡Mentidas nieblas del día!  
De noche cerradas brumas.*

*Doña Mencia en su balcón  
Vio perderse entre la oscura  
Tempestad, las desgarradas  
Velas, en tanto fulguraban  
Las centellas.*

*—¡Muerto o vivo!—  
Murmuró Al salir la luna  
Mañana a pensar de nuevo  
Si son naves o son brumas.*

*¿Que fue del audaz Palacio?  
¿Cuál su azarosa fortuna?  
Los buenos cronistas dicen  
Que partido a la Moluca  
De él ya nunca más volvió  
A saberse en Acajutla.*







# EL CODICE MAYA

POR FRANCISCO GAVIDIA.

*Al Dr. Alberto Luna.*

Éra un indio de esa región de Quintana Roo, donde las ruinas, que protege la fiereza de los mayas a quienes no ha sometido la conquista, no han recibido aún la visita de exploradores ni arqueólogos.

¿Consevan allí la antigua religión, como consevan el idioma? ¿Descifran o más bien leen corrientemente esos jeroglíficos que desde hace ciento cincuenta años estudian sabios eminentes del mundo civilizado?

¿Llevan los antiguos nombres, usan sus mantas pictóicas o monedas antiguas, se recrean en los jarrros, en los ladrillos ornamentales, cubiertos de relieves y dibujos, y en los estucos maravillosos? ¿Guardan cuidadosos el pez de oro y plata que se mueve y ondula imitando la vida, al solo contacto de su dueño?

¿Sobre todo, hojean, engolfados en esa ciencia que hace tanto tiem-

po inquiere con avidez el sabio europeo, esos analtés, tiras de papel de maguery de muchos metros, plegadas como abanico, en que desfilan su ciencia, su vida, su historia?

Si es así, ellos han comprado este derecho al precio de cien combates y el extranjero ha pagado su curiosidad con su sangre.

Este indio cuyo nombre es Kanob en Quintana Roo, ha leído en un pedazo de periódico, hallado en un camino, arrojado al acaso por un viandante, la noticia de que una expedición científica formada por ingleses, alemanes, mexicanos y franceses, se dirige al país "misterioso" de que hablan antiguas tradiciones, que él lee a diario en sus piedras y amatles o libros: van a Tlapalan.

Indudable es que en ese país podrá el completar sus nociones sobre la época trágica de la lucha de Tula y Palenque.

Se dirige, pues, a esa ciudad de Tula que hoy se llama Ciudad Real, en Chiapas, donde se halla la expedición.

Se presenta, no como práctico, menos, entre aquellos sabios, como el único que puede leer en monolitos, graderías, relieves y analtés, lo que es habitual para Kanob desde sus primeros años —sino como simple bracero.

—¿Cuál es tu nombre?— le pregunta Mr. Koenigsberg, el jefe de la expedición.

Se llama como todos los indios:

—José.

—¿Y tu apellido? —insistió el arqueólogo.

¿Su apellido?, el de todos los indios:

—Pérez.

Su nombre para todos es José Pérez. Sólo él sabe cuál es su verdadero nombre. Su nombre es Kanob —el Firmamento.

Llegada la expedición a Copán, su oficio de bracero le da tiempo, al remover los bloques esculpidos, de leer fragmentos o frases sueltas de las inscripciones.

¡Nada!, no hay nada de lo que busca.

Un día, la única vez que habló, exclamó dirigiéndose al sabio:



—¡Si estos bloques se pusieran en fila como estaban en las graderías!

El sabio aceptó.

Un gran espacio del césped se llenó de bloques.

Después de lo cual Pérez murmuró:

—¡Nada!, ¡no hay nada!

Entonces pidió que se le diese una de las barras; y obtenido esto, se lanzó a los montículos. Dentro hallaría los templos cuyo plano litúrgico le era tan conocido —el sitio de la cripta, la orientación de la entrada o puerta de los sacerdotes, que daría frente al Bacab que sostiene los cielos por el lado en que sale el Sol; el lugar en que está la mesa de piedra donde se halla la vasija sagrada en que guardaban los analtés—, los libros sagrados.

A los pocos barretazos la tierra se hundió, y José Pérez desaparece de la vista de sus compañeros. El caporal dice al cabo de pocos instantes:

—Un hombre perdido! Los gases le han dado la muerte.

Todos se alejan aterrados. Habrá que tomar precauciones para descender al resumidero.

Mientras tanto en el seno de la cripta, un haz de luz que penetra por dos lejanas claraboyas que horadan la pirámide, alumbró la vasija sagrada: una tira de maguey está allí intacta: el negro, el rojo, el azul de las escrituras han palidecido muy poco.

Kanob en aquella cripta estaba transfigurado. Leía, leía con la serenidad de un Sol de los bajo-relieves.

Era claro. El primer Quezalcoatl había unido a Copán, Mictlán, Cuscatlán y Tehuacán; había formado la familia maya-nahoa, la misteriosa Tlapalan. Después había emprendido la gran expedición por el mar, que saliendo del Golfo Dulce, había ido a fundar a Tula. Se veía en la parte ilustrativa o pictórica, el momento en que un guerrero, para dar un distintivo al gran Jefe, le ataba al brazo una correa, y a Quezalcoatl que le decía:

—Tú serás *el del brazo* y los tuyos llevarán este nombre. De hoy en adelante, pues, te llamas *Acolhua*.

El analté explicaba en torno de las figuras, en signos aglutinados,

que la raza de Acolhua o Aculhua, eran los señores del poblado de Aculhuac, en Cuscatlán de Tlapalan.

Kanob dijo para sí:

—De esta misma familia que pasó de la Tula de Chiapas a Tula de Anahuac descendía el desgraciado Acolhua que se llamó Moctezuma.

Una ojeada le bastó a Kanob para leerlo todo: eran signos y dibujos familiares para los de su clase. ¿Qué hacer con el códice? ¿Entregarlo a los arqueólogos que lo insultaban con su impertinente curiosidad? ¿Cuánto valdría ese códice, si sabía ocultarlo? Toda una fortuna.

Una sonrisa de desprecio se dibujó en su faz de ídolo moroso.

Además, sería registrado. Se le daría si bien le iba, la gratificación de unos pocos duros.

—¡Ah! —pensó—, algo debemos al extranjero, que en vez del sagrado malahuaste de donde sacaba un príncipe cada medio siglo, el don terrible del fuego que conservaban las vestales, nos vende estas cajillas de fósforos que son tan baratos, portátiles y manuales! ¿Llevar este analté? ¿Para qué? Con nuestra fácil escritura todo lo tengo en la memoria. Puedo escribir estos signos y trazar estas figuras cuando yo quiera.

Y al decir esto encendió hasta tres fosforillos que aplicó a la valiosísima tela. El libro que a través de la ánfora sagrada había calentado el rayo del solo por tantos siglos, ardió con más rapidez aún que la yesca.

Al mismo tiempo Kanob dirigía hacia arriba el puño cerrado, en señal de desafío a los arqueólogos.

Vuelto a salir del sumidero, José Pérez con fingido enojo, pretextó que se le había dejado sin auxilio en el percance, y pagada su liquidación, manifestó que se volvía a su tierra, pues era de Quintana Roo.

Los arqueólogos lo vieron alejarse con estupefacción:

—¡Un indio de Quintana Roo!





# LA LOBA

POR FRANCISCO GAVIDIA.

Es Cacaotique (1) que modernamente se pronuncia y escribe con toda vulgaridad Cacahuatique, un pueblo encaimado en las montañas del Salvador, fronterizas a Honduras. Por ahí nació el bravo General don Gerardo Barrios, que, siendo Presidente de la República, más tarde, se hizo en Cacahuatique una finca de recreo, con dos manzanas de rosales y otras dos de limares, un cafetal que llegó a dar 900 sacos, y una casa como para recibir a la Presidenta, mujer bella y elegante por extremo. Un vasto patio de mezcla, una trilla y una pila de lavar café; una acequia que charlaba día y noche al lado de la casa, todo construido en la pendiente de una colina, arriba y de modo que se dominaban de allí las planicies, los valles y vericuetos del cafetal cuando se cubría de azahares; la montaña muy cerca en que se veía descender por los caminos, casi perpendiculares, a los leñadores con su haz al hombro; por otro lado, montes; por otro, un trapiche, a tiempos moliendo caña, movido por bueyes que daban la vuelta en torno suyo, a tiempos enfundado en un sudario

---

(1) Huerta de cacao

de bagazo, solitario y silencioso bajo un amate copudo; más allá cerros magníficos, uno de los cuales estaba partido por la mitad; limitando la finca, una hondonada en cuyo abismo se enfurecía un torrente, lanzando ahogados clamores; aire frío, cielo espléndido, y cinco o seis muchachas bonitas en el pueblo: estos son recuerdos de la infancia.

Mi padre compró la finca a la viuda del Presidente, y dejando a San Miguel vivimos en ella por tres años. Yo tendría entonces unos ocho. Algo más quisiera escribir sobre aquel pueblo, pero no hay tiempo; no dejaré de mencionar, sin embargo, uno de los más soberbios espectáculos que puede verse. Desde la plazoleta del Calvario se ve extenderse un valle de diez o doce leguas de anchura. Por él pasaban otro tiempo, formando selvas de picas, carcaj al hombro, las huestes innumerables de Lempira. En el fondo del valle se ve arrastrarse el Lempa como un lagarto de plata. En un lado del río, hasta San Salvador, se llamó Tocorostique; el otro lado, hasta San Miguel, se llamó Chaparrastique. Más allá del valle se extiende el verde plomizo de las selvas de la costa; y más allá como el canto de un disco, la curva azul de acero del Pacífico. Un cielo tempestuoso envuelve con frecuencia en las nieblas de un desecho temporal el gigantesco panorama. Como el valle se extiende hasta el mar, desde el mar vienen aullando los huracanes, por espacio de cincuenta leguas, a azotar los liquidámbaros de las montañas de Honduras. Por eso habréis oído decir que alguna vez el viajero que pasa la altura de Tongolón, desde donde se ven los dos océanos, derribado por el viento furioso, rueda por los precipicios horribles.

Cacahuatique es un pueblo en que se ve palpablemente la transición del aduar indígena al pueblo cristiano. Los techos pajizos se mezclan a los tejados árabes que adoptó sin restricción nuestra arquitectura colonial. Los cazadores usan la escopeta y la flecha. El vocabulario es una mezcla pintoresca de castellano y lenca, y la teogonía mezcla el catolicismo, el panteísmo pavoroso de las tribus. Todavía recuerdo el terror infantil con que pasaba viendo al interior de una casucha donde vivía una mujer, de quien se aseguraba que por la noche se hacía cerdo.

Esta idea me intrigaba, cuando al anoecer, iba a conciliar el sueño y veía la corniza del cancel de la alcoba; corniza churrigueresca que remedaba las contorsiones de las culebras que se decía que andaban por ahí en altas horas. Pensaba también en que podía oír los pasos que se aseguraba que solían sonar en la sala vecina y que algunos atribuían al difunto Presidente.

Quitad de este pueblo los tejados árabes, las dos iglesias, los in-

numerables árboles de mango que se sembraron entre los años de 1840 a 1860, importados de la India; quitad las cruces del cementerio, su levita de algodón, bordada de cinta de lana, al alcalde; sus pañolones de seda a las aldeanas descalzas; suprimid los caballos y los bueyes, y ya Cacahuatique es lo que era antes de la conquista, con sus ídolos acurrucados en el templo, cuyos flancos ofrecen un intrincado mosaico donde las floescencias y los animales, se mezclan a la figura humana, como el espíritu humano se mezclaba en la sombría filosofía indígena a los brutos, a los árboles y a la roca.

Como hayáis concebido a este pueblo en su faz primitiva, empiezo mi narración, que es, en el fondo, la que me hizo Damián, un mayordomo.

Kol-ak-chiutl, (mudada de culebra) que en la tribu por abreviación acabaron por pronunciar kola, era una mujer que se iba emiqueciendo a ojos vistas, debido a que era bruja y además ladrona.

Tenía una hija, Oxil-tla, (flor de pino) de ojos pardos como la piel de una liebre montés. Su pie era pequeño; sus manos, que sólo se habían ensayado en devanar algodón y en tejer lienzos de plumas, puestas al sol dejaban pasar la luz como una hoja tierna. Su pecho era como la onda del río. Para completar su belleza, niña aun, su abuelo materno le había pintado el más lindo pájaro en las mejillas. Kola llevó un día a su hija al campo, y allí le dijo un secreto. Tres días después Kola había ido con ella al peñol de Arambala, donde moraba Oxtal, (Cascabel) señor de Arambala, con diez mil flecheros que defendían el peñol; pues el príncipe se había apoderado de la comarca por traición. Invitado a una fiesta, su gente, que había dejado en los bosques vecinos, cayó de improviso en la tribu embriagada con aguardiente de maíz. Kola y su hija Oxil-tla pusieron a sus pies una sábana de pieles de ratón montés y un dosel de plumas de quetzal. Oxtal las besó en los ojos y espero en silencio. La madre hizo una seña a su hija, y ésta, ruborosa, desdobló el manto y puso a los pies del cacique sus ídolos de piedra de río.

Entonces Kola habló de esta manera: “Estos son los cuatro dioses de mis cuatro abuelos, el quinto es el mío y el sexto el de esta paloma, que trae su familia para mezclarla con la tuya”.

Oxil-tla bajó los ojos.

—Oxtal, señor de Arambala, tiene tantas esposas como dedos tiene en las manos; cada una le trajo una dote de valor de cien doseles de

plumas de quetzal y de cien arcos de los que usan los flecheros de Cerquín. Tu paloma no puede ser mi esposa sino mi manceba.

Kola se levantó, empujó suavemente a su hija, desde la puerta, y dijo:

—Tus ojos son hermosos como los del gavilán y tu alma es sabia, y sutil como la serpiente: cuando la luna haya venido a iluminar el bosque por siete veces, estaré aquí de vuelta. Cada hijo que te nazca de esta paloma tendrá por nahual una víbora silenciosa o un jaguar de uñas penetrantes. Los mozos que van a mi lado a las orillas de las cercas a llamar por boca mía a su nahual, fiel compañero de toda su vida, traen a su llamamiento a los animales más fuertes, cautelosos y de larga vida. Oxil-tla, camina delante.

Por esta razón Kola había visto una tarde, con impaciencia, el árbol del patio donde estaban hechas seis rayas.

—Seis veces la luna ha iluminado al bosque, dijo: y aún falta mucho para completar tu dote.

La viva tristeza de Oxil-tla se iluminó un momento por un rayo de alegría.

Porque Oxil-tla iba por las tardes a la cerca del maizal vecino, siempre que el zumbido de una honda hacía volar espantados a los pájaros negros de la comarca; ¡de tal modo el poderoso hondero hacía aullar el pedernal en los aires!

En el verde y floreciente maizal había oído ella la canción que solía murmurar entre dientes cuando estaba delante de su madre:

*Flor de pino, ¿recuerdas el día  
En que fuiste, a los rayos del sol,  
A ofrecer esa frente que es mía  
Al beso altanero  
Del cacique que guarda el peñol?  
Dí a tu madre, cuando haya venido  
La ancha luna por séptima vez,  
Que yó de ir a su sombra escondido,  
Y que hará al guerrero  
La piedra de mi honda caer a mis pies.*

El que así canta en el maizal es Iquexapil (perro de agua), el hondero más famoso que se mienta desde Cerquín a Arambala; ora,



Oxil-tla ama a Iquexapil, por eso se regocija de que su madre no pueda recoger una dote por valor de cien doseles y cien arcos.

Kola, medita-bunda, pues ambiciona que su bella hija sea la esposa de un cacique, toma una resolución siniestra: llama en su auxilio al diablo Ofo, con todo su arte de llamar a los nahuales.

Una noche que amenazaba tempestad, fue a la selva e invocó a las culebras de piel tornasol; a las zorras que en la hojarasca chillan cuando una visión pasa por los árboles y les eriza el pelo; a los lobos, a los que un espíritu de las cavernas les pica el vientre y les hace correr por las llanuras; a los cipes que duermen en la ceniza y a los duendes que se roban a las mujeres de la tribu para ir a colgarlas de una hebra del cabello en la bóveda de un cerro perforado y hueco, de que han hecho su morada. La invocación conmovía las raíces de los árboles que se sentían temblar.

En la bruma del río que había mezclado su rumor al odioso conjuro, llegó Ofo, el diablo de los ladrones, y habló de tal manera a los oídos de la bruja, que ésta volvió contenta a su casa, donde halló a Oxil-tla dormida.

Pronto se habló de muchos lobos en la tribu y sus alrededores.

Uno hubo que puso un lienzo de plumas valiosas en la piedra de moler y se escondió para atisbar al ladrón.

Vio llegar una loba, a quien quiso espantar; la loba saltó sobre él, le devoró, y se llevó el lienzo. La población estaba aterrada.

Kola, desde la puerta de su casa, aguardaba impaciente que la luna dejase ver tras los montes su disco angosto como un puñal de piedra.

Ahora, he aquí lo que pasó una noche. Mientras Oxil-tla dormía profundamente, Kola, se levantó desnuda. El frío de la noche es glacial y la sombría mujer echó al horno los troncos más gruesos, en que empiezan a avivarse ascuas enormes. La bruja entonces toma la sartén de las oraciones, en que presentara a su dios la sangre de las liebres sacrificadas al venir la estación de las lluvias. Coloca esta sartén en medio de la casa, da saltos horribles al fulgor de la hoguera, hace invocaciones siniestras a Ofo, y finalmente vomita en el tiesto un vaho plumizo que queda allí con aspecto de líquido opalino: es su espíritu: en aquel momento la mujer se había transformado en loba. Entonces se fue a robar.

En el silencio de la noche, la claridad de la hoguera hizo abrir

los ojos a Oxil-tla, que mira en torno, busca y llama a su madre, que ha desaparecido.

La joven se levanta temerosa. Todo es silencio. Recorre la casa y da en el tiesto, en que flota algo como líquido y como vapor.

—Madre, dice la joven—, madre fue al templo y dejó impuro el tiesto de las oraciones; una buena hija no debe dejar nada para mañana: es preciso acostumbriarse a un trabajo regular; que más tarde Iquexapil vea en mí una mujer hacendosa . .

Al decir esto, se inclina, toma el tiesto y arroja a la hoguera su contenido: el fuego crece con llama súbita, pero luego sigue ardiendo como de ordinario.

Oxil-tla guarda el tiesto, se acuesta de nuevo y, para calmar su terror, procura conciliar el sueño y se duerme.

A la madrugada, la loba husmea toda la casa, va, se revuelve, gime en torno, busca en vano su espíritu. Pronto va a despuntar el día. Oxil-tla se despereza, próxima a despertarse con un gracioso bostezo. La loba lame impaciente el sitio en que quedó el tiesto sagrado. ¡Todo es en vano!: antes que su hija despierte, gana la puerta y se interna por el bosque que va asordando con sus aullidos. Aunque volvió las noches subsiguientes a aullar a la puerta de la casa, aquella mujer se había quedado loba para siempre.

Oxil-tla fue la esposa de Iquexapil.

Estas formas tomaba la moral en los tristes aduares.